

y los hombres. Vos sois el huerto cerrado donde el pecado no ha podido penetrar para devastarlo. Vos sois el hermoso jardín, en donde Dios ha producido todas las flores que adornan su Iglesia, entre las que sobresalen la violeta de vuestra humildad y la rosa de vuestra caridad. ¡O Madre de gracia y de bondad! ¿A quién podrémos compararos? Vos sois el paraíso de Dios: de Vos sale la fuente de agua viva que riega la tierra. Mas sobre todo ¿cuántos beneficios no ha recibido el mundo después que con vuestros dolores merecisteis en el Calvario ser el acueducto saludable de todo el género humano? Haced que lleguen hasta nosotros los felices efectos de vuestra influencia, á fin de que lavados en sus puras aguas, podamos algun dia ser introducidos en el reino eterno, en donde no tiene entrada la mas leve mancha. Amen.

EJERCICIO VIII.

PARA EL DOMINGO SEXTO DESPUES DE LA EPIFANIA.

INSTRUCCION OCTAVA. LA VIRGEN SANTISIMA EN EL CALVARIO.

Fili mi, Fili mi, quis mihi tribuat ut ego moriar pro te.

Hijo mio, hijo mio, ¡ojalá que me fuese permitido morir por tí.
(2 Reg., cap. 18, v. 33.)

Se acercaban los momentos de la pasion de Jesucristo, y los ojos de María estaban de continuo bañados en lágrimas, no pudiendo apartar de su imaginacion á su Hijo amadísimo, al cual iba á perder en esta vida. Un sudor frio se desprendia de todos sus miembros á la sola consideracion del cruel espectáculo de dolor que miraba cercano. Y habiendo por fin llegado el dia, el buen Jesus se despidió de su angustiada Madre para ir á la muerte. Los discipulos del Salva-

dor acudían uno tras otro á María afligida para hacerla sabedora de lo que pasaba; pero todas las noticias que le daban de su divino Maestro eran á cual mas alarmantes; y la Virgen no oía una sola palabra de consuelo. El uno le anunciaba los malos tratamientos que Jesús había sufrido en casa de Caifás: el otro los escarnios que había tenido que aguantar en casa de Hérodes. Después que se le habían contado todos los tormentos que se hacían padecer al Redentor, san Juan fue el que hizo saber á María que Pilatos le había condenado á morir en una cruz, al propio tiempo que reconocía su inocencia. « ¡ Ah Madre desafortunada! le dice san Juan, « vuestro hijo acaba de ser condenado á muerte, y ha salido ya llevando su cruz acuestas, dirigiéndose al Calvario. Daos prisa, « si quereis verle y decirle el último á Dios « saliéndole al encuentro en el camino por « donde ha de pasar. »

María parte inmediatamente con san Juan, y el rastro de la sangre le indica el camino por donde ha pasado su Hijo. ¡ Cuántas palabras injuriosas ofenden sus oídos! ¡ Cuántos insultos tiene que sufrir! Pero su dolor llega al colmo cuando repara los clavos, el martillo, las cuerdas y todos los instrumentos de la muerte mas ignominiosa. El pre-

gonero que publicaba á son de trompeta la injusta sentencia dada contra Jesús, los verdugos que le seguían, el pueblo que corría atropelladamente de todas partes, eran otros tantos objetos de horror que despedazaban el corazón de tan buena Madre. Fija por fin su vista sobre un hombre todo cubierto de sangre, y cuyo cuerpo no presenta sino una llaga que se extiende desde los pies hasta la cabeza, coronado de espinas, y llevando en sus hombros una pesada cruz. Le mira con atención, y apenas le conoce. Las heridas, las contusiones, los cardenales y la sangre de que está cubierto, le hacen semejante á un leproso. Solo su tierno amor puede hacerle descubrir en esa imagen desfigurada y ensangrentada *el mas hermoso de los hijos de los hombres*. ¡ Cuán poderoso sería en esta ocasión, dice san Pedro de Alcántara, el amor y el temor que combatían el afligido corazón de María! Por una parte deseaba mirar á su Hijo; por otra no se atrevía á poner los ojos sobre una imagen tan digna de lástima. Jesús apartó de sus ojos un grumo de sangre que se los ofuscaba, miró á su Madre, y la Madre miró á su Hijo: miradas dolorosas, que á manera de flechas agudas atravesaron sus dos almas tan íntimamente unidas entre sí. Cuando Margarita, hija de

Tomás Moro, encontró á su padre que se le conducia al suplicio, solo pudo decirle estas palabras: *O padre mio, padre mio*; y al momento se desmayó á sus pies. María, á la presencia del divino Jesus cuando se le llevaba al Calvario, no se desmayó, porque no convenia que perdiese el uso de la razon; dice Suarez: no murió, porque Dios la reservaba para que fuese víctima de un dolor mas acerbo; pero no muriendo padeció una afliccion cruel capaz de causarle mil muertes.

María quiso abrazar á su Hijo, y los soldados la rechazaron. ¡Virgen santa! ¿Adónde vais? al Calvario? ¿Y tendréis serenidad y valor para ver clavar en la cruz al que es vuestra vida? Mas aunque el triste espectáculo de la muerte de Jesus debia causar á su Madre el mas terrible de todos los dolores, María no quiso abandonarle. El Hijo va adelante; y la Madre le sigue para ser crucificada con él. Compadezcamos sus dolores; y procurémos acompañar á la Virgen santísima y á su Hijo, llevando con paciencia la cruz que el Señor se digne enviarnos.

Luego que nuestro divino Salvador hubo llegado al lugar del suplicio, los verdugos lo desnudaron de sus vestiduras, y clavaron sus adorables pies y manos en la cruz; y luego de haberle crucificado se retiraron abando-

nándole á la muerte. Los verdugos se retiraron; pero María no le abandona: al contrario: despejado el lugar, se arrima á la cruz para asistir mas de cerca á su muerte. ¿Porqué, ó Reina mia, exclama san Buenaventura, porqué asistis al Calvario para ver morir á vuestro Hijo amadísimo? ¿No debia deteneros el temor de la ignominia que iba á caer sobre Vos, porque el oprobio de vuestro Hijo era vuestro oprobio? ¿Ver á Dios crucificado por sus propias criaturas! ¿No debia retraeros de presenciar aquel espectáculo el horror de tan enorme crimen? Vos olvidais vuestro propio dolor para no pensar sino en la muerte del Hijo de vuestras entrañas: Vos quereis hallaros presente para condoleros de sus males. ¡Ah verdadera Madre! Nada, ni aun el temor y los horrores de la muerte, nada ha podido separaros de vuestro Hijo amantísimo. ¿Qué espectáculo tan cruel! ¿Ver á ese Hijo tan amado de su Madre, en la mas penosa agonía que sufre clavado en la cruz; y ver debajo de la misma cruz á la Madre agonizante que padece las mismas angustias que su Hijo!

En efecto todas las penas de Jesucristo eran otras tantas heridas que atrevesaban el corazon afligido de María. Habia, dice san Juan Crisóstomo, sobre el Calvario dos al-

tares en los cuales se consumaban dos grandes sacrificios, el uno en el cuerpo de Jesucristo, y el otro en el corazón de María: ó mas bien no habia sino un solo altar, que era la cruz del hijo, en la cual se inmolvaban dos víctimas á un mismo tiempo, el Hijo y la Madre. ¡O María! ¿En donde estais? acaso cerca de la cruz? ¡Oh! Mejor dirémos que os hallais en la misma cruz para sacrificaros juntamente con vuestro Hijo.

Las madres ordinariamente procuran evitar la presencia de sus hijos moribundos; mas si alguna vez una madre se ve obligada á asistir á un hijo en los últimos instantes de su vida, le procura todos los alivios posibles, le ofrece todo lo que puede calmar su dolor. Mas Vos, ó María, la mas afligida de las madres, Vos asistís á vuestro Hijo moribundo, sin poderle ofrecer el menor consuelo. María oye á su Hijo clamar que tiene sed; y no le es permitido proporcionarle un poco de agua para apagarla. *Hijo mio*, le dice, *no tengo mas agua que las lágrimas* de mis ojos: estas son las palabras que san Vicente Ferrer pone en boca de María: *Fili, non habeo nisi aquam lacrymarum*. La Virgen veia que su Hijo detenido por los clavos en el lecho de la cruz no tenia un instante de sosiego: hubiera querido á lo me-

nos abrazarle: mas en vano le tendia sus brazos, dice san Bernardo.

Hubo todavía de aumentarse la acerbidad del dolor de María cuando oyó al Salvador que desde la cruz se lamentaba de que su padre le habia abandonado. La Virgen no podia proporcionarle el mas mínimo consuelo; y los padecimientos de la Madre no podian menos de aumentar las penas de su Hijo. Porque Jesus mas padecia de lástima que tenia al ver sufrir á su Madre que por el dolor de sus propios tormentos, y así se verificaba que María vivia en una muerte continua sin poder morir jamás.

Parece cosa digna de asombro que en medio de tan profundo dolor no se le escapase á María una sola palabra de queja, ni una sola señal de impaciencia. En verdad la Virgen no hablaba; mas ¡cuánta fuerza tiene su silencio para expresar la cruel amargura que inundaba su alma! su corazón ofrecia su Hijo á la divina justicia por nuestra salud: y por el mérito de sus dolores cooperó á hacernos renacer á la vida de la gracia, siendo nosotros los verdaderos hijos de su mismo dolor. Esta consideracion fue lo único que le proporcionaba un ligero consuelo en el mar de tristeza en que se hallaba sumergida, sabiendo que sus dolores contribuian

á nuestra eterna salvacion. En efecto: así lo quiso el divino Salvador, siendo la grande prenda de su amor hácia nosotros las últimas palabras que pronunció desde la cruz, dándonos á María por Madre, y declarándonos en la persona de san Juan por hijos de la misma. Y desde entonces comenzó María á hacer en favor nuestro todos los oficios de una buena Madre: á sus súplicas se debió el que el buen ladron se convirtiese y se salvase; y llena de amor hácia nosotros no ha cesado ni cesará jamás de contribuir á nuestra salud eterna.

EJEMPLO VIII.

La devocion á los Dolores de María es una prenda de nuestra salvacion.

Un gran Señor abandonado á una vida depravada se habia entregado al demonio, y le habia servido durante sesenta años. Hallándose cercano á la muerte, Jesucristo queriendo tener misericordia de él mandó á santa Brígida que dijese á su confesor que fuese á visitar al enfermo, y lo exhortase á confesarse. Cumplió el sacerdote, y respondió el enfermo que no tenia necesidad de confesion. El confesor repitió las visitas, y el enfermo continuó en despedirle con ciega resistencia. Al cabo le declaró el confesor la revelacion de la Santa, y le anunció que el Señor queria perdonarle. Al oír esto se enterneció el enfermo, y derramando lágrimas exclamó: ¿mas, cómo puedo yo salvarme despues de sesenta años que estoy

sirviendo al demonio, de quien me constituí esclavo, habiéndome hecho al mismo tiempo reo de innumerables pecados? Hijo mio, le respondió el sacerdote, ten fe y confianza; yo te prometo y aseguro el perdon de parte del mismo Dios, con tal que te arrepientas con sinceridad y con dolor. El enfermo comenzó á abrir los ojos á la luz de la divina gracia, y dijo al confesor: Padre, en verdad yo me consideraba ya condenado, y desconfiaba de mi salvacion; mas al presente experimento tan gran dolor de mis pecados que me llena de la mas dulce confianza: por lo que, ya que Dios no ha resuelto abandonarme, deseo confesarme cuanto antes. En efecto: en el mismo dia se confesó cuatro veces con un dolor vehemente que salia de lo mas íntimo de su corazon: al dia siguiente recibió el sagrado viático, y al cabo de seis dias murió con el mayor contento y resignacion. Despues de su muerte declaró Jesucristo á santa Brígida que aquel pecador se hallaba en el purgatorio, y que se habia salvado por la intercesion de la Virgen santísima; porque en medio de sus desórdenes habia conservado siempre la devocion á los Dolores de María, moviéndose á compasion todas las veces que pensaba en ellos. (*Obras de santa Brígida.*)

PRACTICA VIII EN HONOR DE MARIA.

(De san Bernardo.)

El gran devoto de María san Bernardo practicó toda suerte de devociones hácia la Virgen santísima: pero era particular la que tenia á sus Dolores, á cuyo solo recuerdo no podia contener las lágrimas. Esta práctica saludable fue la que le mereció tantas gracias y señalados favores como leemos en la vida del mismo santo.

ORACION VIII A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De san Alfonso Ligorio.)

¡O Madre de dolor! ¡Reina de los mártires y de los sufrimientos! Vos sois la que habeis llorado con lágrimas amargas á vuestro Hijo muerto por mi salud. Mas ¿de qué me servirán vuestras lágrimas si tengo la desgracia de condenarme? Alcanzadme pues por el mérito de vuestros Dolores un sincero arrepentimiento de mis pecados y una verdadera mudanza de vida, á la cual acompañe un tierno sentimiento por los sufrimientos de Jesucristo y por los vuestros. Ya que Jesus y Vos, siendo inocentes, habeis padecido tanto por mí, haced que yo, que por mis pecados he merecido el infierno, padezca tambien algunos trabajos por vuestro amor. ¡O mi divina Madre! Por la afliccion que experimentásteis viendo vuestro Hijo bajar la cabeza y espirar en la cruz, os suplico que me alcanceis una buena muerte. ¡Ah! No dejéis de asistir en aquel terrible trance á mi alma afligida, combatida por los enemigos que le rodean. Tal vez en aquella ocasion no me será posible invocar los dulces nombres de Jesus y de María : por eso los invoco ahora para entonces ; y os ruego una y mil veces, ó santo objeto de mis esperanzas, que me ayudeis en los últimos momentos de mi vida. Amen.

EJERCICIO IX.

PARA EL DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA.

INSTRUCCION NONA. LA VIRGEN SANTISIMA SE HALLA PRESENTE A LA MUERTE DE SU HIJO, Y ASISTE A SU ENTIERRO.

Repleberis calice meroris et tristitia... Et bibes illum, et potabis usque ad faeces.

Te llenarás del caliz de tristeza y amargura, y serás saciado bebiéndolo hasta las heces. (*Ezeq., cap. 23, v. 33 y 34.*)

Basta decir á una madre que su hijo ha muerto, para excitar todo su amor hácia este hijo que acaba de perder. Muchas veces las incomodidades y disgustos que el hijo ha causado disminuyen en gran parte el pesar que ocasiona su muerte. Mas este triste consuelo no tenia lugar en María ; porque Jesus fue el mas sumiso, el mas obediente, el mas amable de todos los hijos. ¿Quién pues